

CHARLAS DEL PEGASO

Se habían puesto en duda los méritos del gran Figueroa como estadista, se le había discutido la ecuanimidad necesaria para someterse al fallo de la opinión pública cuando no estuviera conforme con la suya particular, se sometían á tela de juicio sus aptitudes de regenerador; pero todo el mundo estaba de acuerdo en reconocerle una superioridad indiscutible; la de ser el primer "jettatore" de su época. Eso parece que no es nada, pero en el fondo es una gran cosa. La convicción de hallarse dotado de un poder sobrenatural, entendiendo esta palabra en el sentido de algo que sale de lo común y ordinario, realiza al ser humano á los ojos de los demás y aun á los suyos propios, como la posesión de una fuerza misteriosa ó de un tesoro inagotable. Sabido es que en la Edad Media, cuando no se podía jugar con estas cosas sin peligro de verse convertido en churrasco, una porción de infelices mujeres se declaraban brujas por pura vanidad, para echarselas de importantes. Cuando no se puede inspirar amor, se desea siquiera inspirar miedo, lo que es un procedimiento no menos seguro para influir en el ánimo de las gentes y dominarlas. De modo que, piensen lo que quieran los que suponían muy affligido al ex vice por su reputación de "porter la guigne", yo creo que le tenía muy ufano y que ha experimentado la desagradable sensación de una "captis diminutio", al enterarse de que acaba de salirle en América un temible competidor.

El tal no es otro que el doctor Madero ese gran caudillo mexicano, cuyo nombre, á decir verdad, ignorábamos todos — y yo el segundo — hace pocos meses; pero que se nos ha revelado como un tío de empuje y con circunstancias al rebelarse contra Porfirio Díaz y dar con su gobierno en tierra. Treinta y cinco años hace que don Porfirio se había enseñoreado del antiguo imperio de los aztecas: subió al poder después de haberse sublevado primero contra Juárez y luego contra Lerdo de Tejada, predicando la no reelección; pero en cuanto le tomó gusto al cargo de presidente, cambió de idea, siendo su conversión tan radical como la de San Pablo, San Agustín y otros sapientísimos varones, aunque á éstos les dió por retirarse del mundo y á don Porfirio por no soltar el mando. Cómo se arregló para ello, el porvenir lo dirá; pues los escritores del presente se guardaban muy bien de tirar de la manta, ya por ignorar el misterio ó ya porque el hombre providencial les tuviera metido en un puño. Es posible que se trate del secreto de Polichinela; entre nosotros la moda es que cada presidente designe á su heredero; y probablemente Porfirio Díaz hizo igual cosa, con la diferencia de que no encontraba sucesor tan digno de su confianza como él mismo. Si aquí no estuviese prohibida la reelección, por precepto constitucional, ya nos habría caído Alcorta para rato.

De todos modos el Madero que ha seguido echar abajo esa puerta cerrada ya tiene que ser viga y mandar empuje Rosas, que impuso su dominio durante veintitrés años, con un paréntesis de tres se queda hecho un poroto ante Díaz, que después de su primera presidencia, y haber soportado una interrupción de cuatro años — sin soltar por si acaso, el ministerio de la Guerra — se había hecho reelegir por siete períodos consecutivos, no largaba el queso, ni á prodigio, despofrizador que lo ha despofrizado ha de tener buenos dedos para extraer raígones.

Tal era, por lo menos, mi creencia hasta que me enteré, como todo el mundo de que la entrada del doctor Madero en la ex capital de Motzuma había comenzado con un terremoto que arruinó media ciudad. Desde ese momento comprendí que se trataba, sencillamente, de un colega nuestro ex vice en ejercicio; de un hombre de emanaciones tremendas y de un occultista de "primissimo cartello", cada descarga como un "dreadnought" y con más fluido que todas las usinas Niágara.

Compadeczo á los mexicanos si su turo presidente no se comprime el porvenir, renunciando al aparato de Moisés, que dictaba las tablas de ley entre relámpagos y truenos. Y vivamente, con una sinceridad que pondrá en duda, que Figueroa no tiene alusión por donde quema y no se obligado á superarse á sí mismo para decir á su rival, porque entonces podrá decir aquello de "apaga y vámonos".

En serio, si esto sigue así, no hay más remedio que reaccionar contra las despreocupaciones modernistas. Conocer que nuestros antepasados daban leyes contra los hechiceros, posiblemente el actual gobierno argentino su filiación ortodoxa y calambuca, más títulos que otro cualquiera para barrilar el código penal por la sepultura de las tradiciones medioevas. Y es más que los mismos librepensadores cieran, en esta ocasión, la vista porque un tribunal de la inquisición manejado, vendría que ni de perilla poner coto á las audacias del figueroa que pronto estará de vuelta entre otros y organizará sus aquelarres, nombre de bloques ó con otro cuadro. Yo no soy fanático ni me paso de la rama, pero no me disgusta el oportuno en política y opino que un auto de ciertos procedimientos y hasta de ciertas personajes, habrá de dar á esta sima una popularidad de rechupete.

